

EL PRESBITERO, MAESTRO DE ORACIÓN

S. Juan de Ávila 2004

Saturnino Gamarra Mayor

INTRODUCCIÓN

Unas palabras de saludo y de introducción.

- Agradezco la invitación que me han hecho para estar hoy con vosotras y con este tema, que me dice tanto. Lo he tomado con ilusión, porque es muy nuestro y me parece acertadísimo para el momento actual; pero también tengo que decir que, al ver que la oración es tan básica hoy para diagnosticar el momento actual de la vida y del ministerio del sacerdote y tan fundamental para comprender hasta la misma identidad sacerdotal, me pesa la responsabilidad de su estudio. Con todo, hay muchas ganas y mucha ilusión para abordar este tema con vosotros.

- Conviene que marquemos bien el campo de esta aportación; para que sepamos de antemano en qué terreno nos vamos a mover. Lo marcamos con estos puntos de referencia:

- No pretendemos hacer en esta ponencia un estudio completo de la oración, porque es imposible. Contamos, además, con las otras ponencias que se habrán explayado a sus anchas acercándose a los manantiales de la oración y siguiendo su recorrido; pero, con todo, sin querer ser repetitivo, no dejaré de recordar y de subrayar los puntos que consideremos necesarios a nuestro tema.

-Tampoco intentamos detenernos en analizar los distintos reparos y dificultades que se dieron y que hoy también se dan sobre la oración. Sabemos que siempre es útil hacerlo —adelantarse a quitar facilita obstáculos, facilita el camino, también el de la oración—, en nuestro caso, creemos que podría convertirse en entretenimiento, cuando hoy tenemos cosas más urgentes que tratar entre nosotros. El momento que vivimos hoy los sacerdotes es delicado, y está necesitado de planteamientos directos y claros, sin concesiones a la confusión.

Intentamos una radicalidad mayor: llegar a, situar la oración en la misma identidad cristiana y sacerdotal. Este objetivo es para nosotros previo e irrenunciable. Si resultara que la oración fuera de la identidad no sería posible concebir un cristiano y un sacerdote sin oración ¿lo vemos así?

En este contexto queremos ver al sacerdote como maestro de oración. Pero surgen sin más una serie de preguntas: ¿Le corresponde al sacerdote ser maestro de oración? . ¿Qué relación tiene con el ministerio presbiteral? ¿Se Puede decir que entra dentro del ministerio del sacerdote? ¿Todo sacerdote debe ser maestro de oración? ¿Cómo lo lleva a cabo?

- Dentro de esta introducción nos falta aclarar un punto: qué alcance tiene el título «Los presbíteros, maestros de oración». Puede entenderse por «maestro» la persona impuesta en un campo de la ciencia o profesión, que lo domina totalmente y lo ejecuta

a la perfección. «Es un maestro», decimos de una persona que domina a la perfección lo que hace, para quien no hay secreto en su oficio. Pero al «maestro», además de pedirle una alta capacitación, se le exige acompañar a otros en el aprendizaje. Así entendemos el título «El presbítero maestro de oración». Al presbítero, además de estar capacitado y tener experiencia de oración, se le pide que acompañe como maestro a los demás en la oración.

Este es el Campo en, el que pensamos nos movernos.

I. LA ORACIÓN EN LA IDENTIDAD CRISTIANA

Consideramos absolutamente necesario plantear la oración desde la identidad del ser cristiano; que es lo mismo que ver la oración como integrante de la misma identidad cristiana: no hay ser cristiano sin oración. Este enunciado que acabamos de hacer se ve apoyado, de entrada, por el hecho, que está a la vista de todos, de la estrecha relación que hay entre el planteamiento de vida cristiana que uno tiene y la oración: a cada planteamiento de vida cristiana, que se haga o que se viva, le corresponde un tipo concreto de oración. De hecho, por la oración que se vive puede deducirse la vida cristiana que se lleva; y también a la inversa, por la vida cristiana y sacerdotal que se vive podrá deducirse la oración que se practica. Está claro que la oración no es un sobreañadido a la vida cristiana, sino que oración y vida cristiana se corresponden. Me resulta iluminadora esta afirmación:

«Nada caracteriza mejor la religiosidad de una época que la forma de orar. Si se quiere conocer la religión de un pueblo, lo más iluminador no es examinar lo que dice creer, sino observar cómo ora»¹.

Somos muy conscientes de que son muchos los puntos que deberíamos tener en cuenta para estudiar la relación entre la oración y la identidad cristiana, y nos limitamos sólo a recordar los que a nuestro juicio nos son más estrictamente necesarios:

1. La fundamentación antropológica de la oración.

Si aceptamos de entrada la relación entre la persona orante y la oración se debe a que reconocemos que la oración tiene una base antropológica, que es lo mismo que presentar a la oración como «connatural» al ser hombre y al ser cristiano.

Contar con la «connaturalidad» de la oración nos abre a nuevas e importantes perspectivas:

- Que la oración no es un sobreañadido al ser de la persona humana, como si se pudiera entender ser hombre y ser cristiano sin oración. La «connaturalidad» nos indica que se es persona y se es cristiano con oración. Este dato va a ser fundamental en el acompañamiento de la oración: da seguridad al presentarla y facilita para acogerla.

- *Que no puede concebirse la oración como mero medio para la vida cristiana. Es verdad que la oración es también medio, pero no se reduce a medio; es fin en sí misma. Aspecto que debe estar muy asumido, sobre todo por quien acompaña a la oración.*

- Que no debe subrayarse el carácter impositivo de la oración. En muchas ocasiones ha tenido la connotación de imposición o de obligatoriedad: hay que orar, porque..., tengo que orar para...; pero la realidad profunda de la oración es otra: porque es de mi ser, no puedo no orar.

Nos planteamos, pues, la oración en relación con la antropología humana y cristiana. Pero, como en los apartados siguientes nos fijaremos en la antropología cristiana, en este momento vamos a dejar al menos constancia de la relación entre la oración y la antropología humana.

No puede plantearse la oración sino contando con la apertura del hombre a Dios, sobre la que hay mucho escrito². Pero recordamos e insistimos en que no basta el reconocimiento de la apertura, sino que se necesita su vivencia. Es importante llegar a descubrir la apertura a Dios de forma sentida, porque éste es el punto de partida para un nuevo planteamiento de la vida y de la persona.

No podemos pasar por alto la Instrucción Pastoral, a mi juicio, magnífica. «Dios es Amor», de la Conferencia Episcopal Española, que desarrolla en los nn. 18-25 el epígrafe «El ser humano es religioso por naturaleza»³. Y si el ser humano es religioso por naturaleza, podemos deducir que es orante «por naturaleza», como nos lo afirma la Carta pastoral citada: «La oración ocupa un lugar central en toda religión. Ella es la primera manifestación de la actitud religiosa»⁴.

2. La relación de quien «es y vive» en Cristo, y la oración.

Nosotros, que buscamos la fundamentación antropológica de la oración cristiana, estamos ante el punto decisivo para poder entenderla «connatural» a nuestro ser cristiano. El punto clave, lo sabemos, está en que el cristiano «Es» y «Vive en Cristo», aspecto muy presente en la Escritura⁵. Lo radical del cristiano no está, pues, en el comportamiento, porque con el mero comportamiento nunca me haré hijo, sino en «Ser en Cristo», contando con el comportamiento que implica. «Ser en Cristo» supone al cristiano desde la Pascua participar del ser del Hijo, de «ser hijo en el Hijo»-de ser «deiforme», de ser hermano de todos en Jesús.

Quiero poner el acento en la relación propia de quien «es en Cristo» y «vive en Cristo», porque «ser y vivir en Cristo» es más que llamarse hijo, es participar del ser de Hijo, de su ser relación de Hijo con el Padre, de su relación de Amor de Hijo con el Espíritu. Se es en Cristo, y en Cristo se vive su Vida, que es trinitaria. El cristiano cuando ora lo hace desde su condición de hijo que participa en Cristo de su ser relación y de su oración; ora con el Espíritu (Rom 8. 14-17. 26-27): ora en comunión con los hermanos en la Iglesia. Esta relación de su ser de «hijo en el Hijo», que es de su identidad, es la clave para comprender la oración cristiana.

La implicación en la oración es obvia. Conviene distinguir la oración y la relación. La relación es una realidad previa a la oración: la oración no crea la relación, la

presupone, aunque la alimente y la cultive. La relación se me da en el ser «hijo en el Hijo», y es previa a la oración. Así se comprende que a la oración se la entienda como expresión de la relación que ya existe⁶, y que se la defina como diálogo o encuentro, los cuales presuponen ya la relación⁷.

Interesa subrayar esta conclusión: la oración, que presupone la relación, está a merced de la relación: como sea y se viva la relación, así será la oración. No podemos esperar un encuentro intenso y vivo con quien mantenemos una relación fría y distante. Y a su vez, a una relación vibrante, le espera un encuentro intenso. Consecuentemente, acompañar a la oración implica acompañar a la relación con Dios. A la oración le interesa mucho la relación que uno vive con Dios.

3. *Relación-experiencia*

Si hasta este momento hemos insistido en la relación, ahora ponemos el acento en la experiencia: y lo hacemos en razón de la misma relación⁸. La verdad de la relación está pidiendo que dicha relación sea aceptada, asumida y vivenciada. Una relación que se viva, que no sea experimentada, no es relación de vida. Así se explica que, si nos referimos a la experiencia, no lo hacemos como mera concesión a una mentalidad partidaria de lo vivencial, sino por la verdad de la relación. No entendemos la relación sin experiencia, y no queremos la experiencia sin relación: porque cabe una relación con Dios sin experiencia, y puede aspirarse a una experiencia de Dios sin la relación que me da.

Para la comprensión de la relación-experiencia, será bueno que recordemos unos breves puntos sobre la experiencia religiosa⁹:

- Es común definir la experiencia como una forma de conocimiento humano: se trata de un saber desde lo vivido. La experiencia remite a un conocimiento obtenido en la vida y por la vida: y así suele decirse: «Yo lo sé: he pasado por ello». También se refiere a un conocimiento acumulado por estar en contacto con una situación concreta de forma prolongada: y así se dice: «Es persona con experiencia».

- Pasamos a la experiencia de Dios. Estamos ante dos formas de entender la experiencia de Dios, tan distintas como irreconciliables. 1) La experiencia *de* Dios, como mi experiencia *sobre* Dios. En este caso el genitivo de Dios es genitivo objetivo: Dios es objeto de mi experiencia. 2) La experiencia de Dios en mi persona. En este caso, el genitivo de Dios es genitivo subjetivo: Dios es sujeto. Es la realidad de Dios en mí.

Lo vemos con más detalle:

- Suele ser común proyectarnos sobre Dios. es decir: buscar la experiencia de Dios y esperar que tenga que ver con algo que yo previamente he proyectado. Esto es tener a Dios como objeto de mi experiencia. Esta postura es la más fácil y la más cómoda: se trata de seguir siendo lo que somos, centro en todo, también con Dios; y con toda normalidad para nosotros, intentamos poner a Dios en nuestra experiencia.

- Pero el planteamiento es otro. La experiencia de Dios no es *creación mía*, es decir: No es resultado de mis elucubraciones o de mis sentimientos; no es contenido

mío; no es un montaje hecho por mí. La experiencia de Dios es *la realidad de Dios vivida en mí*.

- Y, ¿la experiencia *cristiana* de Dios? Si acabamos de presentar la experiencia de Dios como «la realidad de Dios vivida en mí», en el cristiano la realidad de Dios tiene nombre propio por la persona de Jesús, ya que en Jesús Resucitado participamos de la Vida Trinitaria, siendo hijos en el Hijo. Ya no es una mera Presencia de Dios la que se vive de forma experiencial, sino que es la Presencia de Dios que es relación y en relación con nosotros: Presencia de relación Trinitaria.

- Llegamos a la concreción. Si la experiencia es un tipo de conocimiento desde la misma vida, la experiencia religiosa cristiana es un *saber* fruto de un *morar* en aquello que se acoge, que en nuestro caso es la relación que Dios nos ofrece.

Pongo el acento en *morar* en la relación que Dios me ofrece, *morar* viviendo en esa relación, que es de hijo. Este *morar* es lo que va a cambiar a la persona y transformarla. Pero lo delicado va a ser saber *morar*.

No se trata de intentar coger a Dios, porque es imposible; es cuestión de *morar* en El, en la relación que me ofrece. Esto indica que la experiencia de Dios no consiste en actos aislados como fogonazos de certeza o efusión de afectos: se trata de *morar* en la relación.

4. La fe y el amor en la relación-experiencia

Si miramos al sujeto de la experiencia religiosa cristiana, aparecen muchos aspectos que deberíamos tener muy en cuenta, pero nos resulta imposible llevar a todos¹⁰ y nos centramos en la fe y en el amor. Vayamos por partes:

a. La fe. Conviene que subrayemos de forma clara que entre la experiencia y la fe hay y debe haber relación. Es obligado que lo hagamos ver, porque fácilmente hoy se presentan contrapuestas: la fe, ajena a la experiencia; y la experiencia, no queriendo saber nada de la fe. ¿Qué decimos de esto? La respuesta es sencilla: el conocimiento de la fe y el conocimiento de la experiencia no se rechazan, sino que se necesitan. Veámoslo.

- El conocimiento propio de la experiencia religiosa necesita los contenidos de la fe. Me parece muy valiosa la afirmación de que «cuanto más rica sea la realidad objetiva revelada, más honda y más transformante será la experiencia subjetiva de la misma»¹¹. Según esto, la riqueza no está tanto en la intensidad de la experiencia cuanto en el contenido de lo que se experimenta. Sin contenidos, la experiencia, aunque sea intensa, es pobre. La experiencia necesita contenidos; a más contenido más rica es la experiencia. ¿Qué contenidos revelados tan extraordinarios tenemos en el cristianismo! ¿Nos damos cuenta de ello?

- Miremos ahora la otra cara: los contenidos de la fe necesitan ser vividos, que no será de otra forma que la experiencial. Si no vivo lo revelado, no puedo llegar más que a tener creencias: pero con sólo creencias, no soy cristiano. Lo revelado debe ser vivido de forma integral, *pasando* a toda mi persona. Es el paso de lo oído a lo visto de Job: «Sólo de oídas te conocía; ahora te han visto mis ojos» (Job 42, 5).

Hay algo más que decir: si la fe, además de contenidos revelados, significa adhesión a la persona de Jesús con toda la revelación que incluye, hay que afirmar sin ninguna vacilación que la fe-adhesión comporta experiencia, requiere experiencia, y que ella misma es experiencia. Todo depende de la carga existencial que incluya la adhesión a la persona de Jesucristo, que debe ser total.

Todo esto nos indica que la experiencia cristiana necesita la revelación, y que, a su vez, los contenidos de la fe necesitan la experiencia en el cristiano. La experiencia de la vida cristiana no se da sin fe, es fe: y la fe es experiencia de vida cristiana.

No puedo resistirme a escuchar el grito de «Sapere aude» = «atrévete a saber», de larga andadura, que, si puede aplicarse al saber teológico -atrévete a hacer uso público del saber teológico, según Olegario¹²-, podernos aplicarlo hoy al contenido de la Revelación: «Atrévete a creer». Hay que atreverse sin rebajas y sin reduccionismos, y llevarlo a la vida con gozo. Es fácil que, porque no nos atrevamos a vivir lo revelado, lo rebajemos en sus contenidos. Viene bien esta invitación, a mí me viene muy bien y me la repito: «Atrévete a creer», y «Atrévete a experimentar».

b. **El amor.** Precisamente el amor es atrevido. El atrevimiento para *mora* en la relación y llegar a que sea experiencia nos la da el amor. No olvidemos que la relación de la que se trata, no es la que uno proyecta sobre Dios, sino la que acogernos de Dios. Y la relación de Dios es amor: y solo con amor, con su Espíritu, se puede *morar* en el Amor. Recordamos esta frase de Ruysboreck: «Cuando la inteligencia, al final de sus esfuerzos, queda fuera, el amor dice: Yo, yo mismo entraré»¹³.

Terminamos esta parte. No quisiera haber repetido lo que han dicho otras ponencias; soy muy consciente de los muchos aspectos que se quedan sin tocar; pero, muy a sabiendas, he subrayado de la oración lo que a continuación vamos a necesitar.

II. EL SACERDOTE Y LA ORACIÓN

Llegamos al punto central de nuestro trabajo. Con la conciencia de que en el momento actual debemos ser valientes para plantear la situación real de nuestros presbiterios, pensamos que atender a este tema de la oración no es mirar a otro lado, dejando de encarar la realidad que nos afecta tan duramente, sino todo lo contrario: creemos que llegar a la oración que se practica entre los sacerdotes es una clave objetiva, y muy definitiva, para diagnosticar la posición que el sacerdote ha adoptado o está adoptando sobre su identidad cristiana y sacerdotal, sobre su ministerio en la Iglesia y sobre su posición evangelizadora en nuestro mundo, y creemos, además, que el tema de la oración podrá ofrecer caminos de ayuda y de solución. Lo creemos firmemente.

I. La oración en la identidad del presbítero

Es fácil pecatarse de la intención que subyace en el enunciado. Por si acaso, la descubrimos. Queremos hacer ver que la oración no es un sobreañadido al sacerdocio ni es de libre elección para el sacerdote, sino que pertenece a su identidad y que deberá vivirla como connatural a su ser y a su misión. ¿Podremos verlo? Seguimos estos pasos:

1. *La insistencia por la oración del sacerdote es permanente*

Como punto de partida, abrimos una muestra de datos, que cada uno de nosotros podremos completar muy fácilmente. ¿Cómo podemos ver que la oración en el sacerdote es de hoy y ha sido de siempre?

- Comenzamos con la aportación del Vaticano II. Sabernos el gran cambio que supuso para la espiritualidad del sacerdote el planteamiento que PO hizo del ministerio como fuente y configurador de la espiritualidad del sacerdote (PO 12.13), El impacto fue grande. Y fue muy común pensar que para la santidad del sacerdote bastaba el ejercicio del ministerio, sin más. Pero se olvidó que los mismos números 12 y 13 hablaban de «docilidad al Espíritu», y que el n. 18, también de PO, hablaba preciosamente del espíritu de oración: «Para cumplir con fidelidad su ministerio, gusten cordialmente el coloquio divino con Cristo Señor...» Siempre es momento de subsanar los olvidos.

El Decreto OT dedico el n. 8 a la formación espiritual, que debe contar con la oración: «Los alumnos aprendan a vivir en continua comunicación con el Padre por su Hijo en el Espíritu Santo»,

- De entre las aportaciones de Juan Pablo II sobre la oración del sacerdote, nos centrarnos en la Exhortación Apostólica PDV, que tiene un valor singular para la vida del presbítero: y merece la pena que prestemos atención a estos dos textos, aunque son un poco largos. El primero está destinado a los seminaristas, y el segundo, a los sacerdotes.

«La forma primera y fundamental de respuesta a la Palabra es la *oración*, que constituye sin duda un valor y una exigencia primarios de la formación espiritual. Esta debe llevar a *los* candidatos al sacerdocio a conocer y experimentar el *sentido auténtico de la oración cristiana* el de ser un encuentro *vivo* y personal con el Padre por medio del Hijo unigénito bajo la acción del espíritu; un diálogo que participa en el coloquio filial que Jesús tiene con el Padre... Esto es lo que piden los hombres al sacerdote: El sacerdote *es el hombre de Dios*, el que pertenece a *Dios* y hace pensar en *Dios*... Los cristianos esperan encontrar en el sacerdote no sólo un hombre que los acoge, que los escucha con gusto y les muestra una sincera amistad, sino también y sobre todo un *hombre que les ayude a mirar a Dios*, a subir hacia El. Es preciso, pues, que el sacerdote esté formado en una profunda intimidad con Dios. Los que se preparan para el sacerdocio deben comprender que todo el valor de su vida sacerdotal dependerá del don de sí mismos que sepan hacer a Cristo y por medio de Cristo. al Padre» (PDV 47).

«En concreto, la vida de oración debe ser renovada constantemente en el sacerdote. En efecto, la experiencia enseña que en la oración no se vive de rentas: ...También se necesita, y de modo especial, reanimar la búsqueda continuada de un verdadero encuentro personal con Jesús, de un coloquio confiado con el Padre, de una profunda experiencia del Espíritu» (PDV 72).

- Puede sernos muy provechosa la referencia a la vida de los sacerdotes, cuyas figuras han sido valoradas por todos y su recuerdo pervive. Podemos preguntar por su oración.

- Es obligado referirnos, en primer lugar, a San Juan de Ávila. Todos le conocernos como Apóstol de Andalucía y como hombre de intensa oración y como Maestro de oración, pero impresiona oír sobre él: «Su oración personal duraba dos horas por la mañana y dos por la noche: cuando estuvo enfermo la alargó»¹⁴; y más aún impresiona oírle a él:

«Y si alguno, entre los cuales soy yo, se atemoriza y confundiere de ver la sequedad de su corazón en su oración, el poco sentimiento que tiene de los males ajenos, la poca fuerza y la poca santidad para que su oración haga fuerza al Omnipotente. ... y, en fin, se ve lejos de tener aquel don de oración infundido por el Espíritu Santo, tan necesario para bien ejercitar el oficio sacerdotal de ser ahogados por los hombres en el tribunal de Dios; y este tal, así atemorizado y compungido, me preguntare: «Padre. ¿qué haré, que muy lejos estoy de saber no tener los negocios de esa oración?», decirle he que, si no es sacerdote, que no tome oficio de ahogar si no sabe hablar Y diría yo que no sé con que conciencia puede tomar este oficio quien no tiene don de oración ... Y aunque este tal lo hace muy mal, no sé si lo hace peor el prelado que ordena sin examinar en esta cualidad al ordenado: porque como nuestro y guía, y por la mucha experiencia que ha de tener de la fuerza y provecho de la oración ... debe este tal desengañar al que, sin tener este don, se quiere ordenar. Mas ¿qué hará quien ya es sacerdote? Que llore, porque inconsideradamente lo fue»¹⁵.

Coherente con este planteamiento, San Juan de Ávila pide que para las Ordenes se examine sobre la caridad y la oración¹⁶. ¿Se puede pedir más?

Como sacerdote reciente, nos referimos a D. José Rivera, en cuya semblanza, escrita por Demetrio Fernández, aparecen la caridad pastoral y la oración en mutua ayuda y relación¹⁷. Recordamos, también, a los siete sacerdotes valencianos del siglo XX que caminan hacia los altares, cuya presentación D. Vicente Cárcel Ortí acaba de ofrecernos en SURGE¹⁸.

Completemos la lista entre todos, que será amplísima y de gran riqueza; y aseguro que encontraremos siempre, y muy relacionadas, la caridad pastoral y la oración.

- Los Movimientos sacerdotales también pueden ser un lugar muy apropiado para poder ver la relación que se establece entre la potenciación del sacerdote y la oración. Solamente doy la pista.

Estos datos, con las pistas que nos abren, dejan constancia de que el sacerdote, reconocido y valorado como tal, ha sido y es hombre de oración.

2. La sacramentalidad y la oración

El paso que damos ahora es decisivo para fundamentar la oración del sacerdote en su misma identidad y para poder vivirla como connatural a su ser de sacerdote. Registramos estos puntos:

- Necesitamos reafirmar la sacramentalidad del sacerdocio. Si en algunos momentos las tareas o funciones fueron suficientes para definir la identidad del sacerdote, hoy no se las considera suficientes y en cambio se busca el significado de su acción. El ministerio presbiteral es sacramento, signo de la presencia de Cristo Cabeza y

Mediador en la comunidad eclesial. Desde esta sacramentalidad se explica y se identifica la relacionalidad del presbítero, su relación con Cristo, con la comunidad eclesial en el mundo, con el presbiterio y el Obispo. Así se entiende la afirmación de que «la sacramentalidad del ministerio es el rasgo más específico de la identidad del presbítero»¹⁹.

Este planteamiento, que arranca de PO 2. encuentra una preciosa confirmación en PDV:

«El Espíritu, consagrando al sacerdote y configurándolo con Jesucristo Cabeza y Pastor, crea una relación que, en el ser mismo del sacerdote, requiere ser asimilada y vivida de manera personal, esto es, consciente y libre, mediante una comunión de vida y amor cada vez más rica, y una participación cada vez más amplia y radical de los sentimientos y actitudes de Jesucristo. En esta relación entre el Señor Jesús y el sacerdote - relación ontológica y psicológica, sacramental y moral- está el fundamento y a la vez la fuerza para aquella «vida del Espíritu» y para aquel «radicalismo evangélico» al que está llamado todo sacerdote» (PDV 72).

- Vemos cómo a la sacramentalidad está muy vinculada la configuración con Cristo. Se repite en PO 2 y 12, y en PDV 15 y 72, texto que acabamos de ver. Como se trata de una configuración peculiar -»los configura con un título nuevo y específico a Jesucristo Cabeza y Pastor«-, nos preguntamos por su alcance. ¿Qué sentido tiene esta configuración del sacerdote de la que tanto se nos habla?.

- Tiene un aspecto objetivo: el ordenado es definitivamente habilitado para actuar en nombre de Cristo Cabeza; representa ante la comunidad, de un modo sacramental, a Cristo Cabeza.

Tiene también un aspecto subjetivo. La configuración supone que el ordenado acoja el contenido salvífico del ministerio.

- Queremos subrayar un tercer aspecto de la configuración, el aspecto existencial. Se trata de estructurar la persona del sacerdote desde la sacramentalidad. En definitiva, esto es la configuración plena del sacerdote con Cristo.

- ¿Y la oración? Si se acepta la sacramentalidad del presbítero y se busca su incorporación a la vida, nos encontramos, de entrada, con una relación nueva, la que nos presentaba hace un momento Juan Pablo II en PDV 72: «El Espíritu ... crea una relación entre el Señor Jesús y el sacerdote; relación ontológica y psicológica, sacramental y moral». Estamos ante la relación de la sacramentalidad, y recordemos lo que ya dijimos en la primera parte: que la relación es el presupuesto básico para el encuentro. Si es así, la relación propia de la sacramentalidad del sacerdote ¿no está pidiendo el encuentro, la oración? La sacramentalidad del sacerdote con su rico contenido relacional no puede vivirse ni entenderse sin oración.

- ¿Buscarnos la verificación en la vida? La verdad nos obliga a ser sinceros. Confieso que al mismo tiempo que estoy gozando profundamente en el proceso de estas reflexiones sobre la identidad, la sacramentalidad y la oración. me preocupan las posturas que se dan entre nosotros. Y las preguntas son inevitables. ¿Se acepta entre los sacerdotes la sacramentalidad? ¿Se vive y se actúa ministerialmente desde la sacramentalidad? ¿Qué

predomina? ¿No va a más entre nosotros la tendencia hacia un estilo de presbítero más laico que sacerdote? Y en el caso de que se acepte la sacramentalidad, ¿se acepta la estructuración de la persona desde la sacramentalidad? Tengamos presente que, para que se viva la oración con «normalidad», se necesita una base antropológica que la pida; y que en cualquier planteamiento de vida, también de los sacerdotes, no cabe la oración, aunque haya oraciones. Estoy pensando en un número especial de SURGE precisamente sobre la sacramentalidad en el sacerdote de hoy. Busco replantear el tema, porque creo que lo necesitamos. Me gustaría contar con vuestra aportación.

Compartida la preocupación, sigamos adelante.

3. *Relación-experiencia*

Retomamos la relación que nos supone la ordenación, tal como acabamos de verlo. Conviene subrayar que la relación propia del sacerdocio no se termina en Cristo, sino que en Cristo la relación es trinitaria. Supone una gran riqueza detenerse en las referencias que los Documentos, sobre todo PDV, tienen del sacerdote con la Trinidad²⁰. Conviene tener muy presente esta relación trinitaria

Nos interesa subrayar, en razón de la oración, que la verdad de la relación está reclamando que dicha relación sea aceptada, vivenciada o potenciada²¹. La relación que no sea experimentada no es relación de vida.

Pero, ¿cómo vivirla experiencialmente? Si recordamos lo que hemos dicho de la experiencia de Dios, al no tratarse de una relación creada por nosotros, sino que se nos da, la forma de experimentarla es *morar* en ella; la experiencia será resultado del *morar* en la relación que Dios nos da en el sacerdocio.

Puestas las cosas así, lo difícil va a ser *saber morar*. No hasta la mera aceptación, porque puede ser meramente intencional y convertirse en inconsciente. No es posible *morar* si uno previamente no se ha establecido y no permanece. Morar supone establecerse y permanecer; y para que esto se dé en nuestro caso, deberán entrar con intensidad la fe y el amor. El sacerdocio ministerial necesita hoy ser creído y amado, también por los sacerdotes. ¿También ahora ponemos el dedo en la llaga? Creo que cada vez hay más interés por plantear la fe del sacerdote.

Cerramos este apartado con una convicción que ha ido a más de que la oración pertenece a la identidad del sacerdote.

II. *La oración en la identidad ministerial*

Es un paso más para comprender que la oración está presente no sólo en el ser, sino también en el actuar del sacerdote. Nos corresponde ahora contemplar su presencia en el ministerio: ¿es la oración que el sacerdote añade al ministerio y lo acompaña con ella, o es la oración del ministerio y exigida por el mismo ministerio? Y, además, estamos dando por supuesto que el presbítero es «maestro» de oración, pero ¿el título le *sobreviene* al sacerdote por su talante religioso personal, por un más de espiritualidad, por su dedicación a grupos y a personas de oración, o le *corresponde* por su mismo ministerio presbiteral? A estas preguntas debemos dar respuesta.

1. *¿Nos corresponde, de verdad, ser «maestros» de oración?*

Nos percatamos de que toda esta temática y su desarrollo están siendo fuertes; vemos que nos viene bien tener un tiempo de respiro, y nos lo tomamos haciendo la pregunta: pero, ¿nos corresponde de verdad ser «maestros de oración»? Para dar con la respuesta, seguimos estos pasos:

-Posturas de los sacerdotes. - Miramos a nuestro derredor, y nos encontramos con que entre los sacerdotes hay distintas posturas sobre el tema:

No faltan sacerdotes que piensan que esto de la oración, sobre todo la que se sube un poco, no corresponde al sacerdote diocesano secular, que es para otro tipo de sacerdotes.

También hay sacerdotes que aceptan y ven bien que entre los sacerdotes diocesanos haya alguno o algunos que sean «maestros» de oración. Piensan que así como en la diócesis hay especialistas de temas sociales, debe haberlos en la espiritualidad y en la oración.

Otra postura es la de quien piensa que todo presbítero debe ofrecer alguna ayuda a la oración, y que, desde luego, no puede ir en contra de ella.

Y está la postura de quien ve que a todo presbítero le corresponde ser *maestro* de oración, y en razón de su mismo ministerio.

Vemos que las posturas son muy distintas. ¿A qué nos atenemos?

- Juan Pablo II nos sale al paso con la Exhortación PDV: «Un aspecto ciertamente no secundario, de la misión del sacerdote es el de ser maestro de oración» (PDV 47). La interpretación del texto no tiene complicaciones: ser «maestro de oración» es de la misión del sacerdote, y su grado de pertenencia a la misión no es secundario. Desde este planteamiento se explica el título de las Jornadas Nacionales de Delegados para el Clero del año 2002: «Los sacerdotes, hombres y maestros de oración».

- Tenemos que reconocer que no es fácil asumir la responsabilidad de ser «maestro» de oración. Quizás sea el aspecto más costoso de la misión del sacerdote. La primera dificultad está en tener que moverse en un campo que nunca lo domina y en el que siempre se siente muy deficitario; y le sale del corazón esta exclamación «¿Yo maestro de oración?» La preocupación se agrava cuando uno sigue leyendo a Juan Pablo II: «Pero el sacerdote solamente podrá formar a los demás en la escuela de Jesús orante, si él mismo se ha formado y continúa formándose en la misma escuela» (PDV 47). Las cosas se nos complican. Se trata de ser maestro en la escuela de Jesús; para ello es necesario que el presbítero también pertenezca a la escuela de Jesús orante y que siga en ella.

Pero precisamente aquí es donde está la segunda dificultad: ¿Cómo siendo discípulo puedo ser «maestro»? ¿No es una contradicción? ¿O maestro o discípulo? Pero ésta es la realidad del ministerio sacerdotal: ser sacramento de la mediación de Cristo, actuar de maestro desde el discipulado. Me corresponde asumir la responsabilidad propia del ministerio siendo siempre discípulo, porque nunca se deja de ser

discípulo de Jesús. Este es el principio que no puede olvidarse. Y saber conjugar la autoridad de maestro con la obediencia de discípulo es la clave de la comprensión del ministerio sacerdotal y del estilo de vida de los presbíteros. Recordamos el texto: «El Señor me ha dado lengua de discípulo, para que haga saber al cansado una palabra alentadora. Mañana tras mañana despierta mi oído, para escuchar como los discípulos»(Is 50,4).

2. Maestro de oración, exigencia del ministerio presbiteral

Volvemos al tema: ¿Se puede y se debe ver al presbítero como maestro de oración desde el mismo ministerio presbiteral? Está descartado desde el principio que no se trata de añadir nuevas funciones al ministerio presbiteral, ni ampliar sus competencias, ni enriquecerlo con nuevos campos de actuación; buscamos simplemente si en el presbítero ser maestro de oración está en su ministerio, es de su ministerio presbiteral. Prestaremos atención a dos puntos:

- Nos referimos a unos textos. Aunque tengamos por delante, y nos tranquilice, la afirmación de Juan Pablo II en PDV 47, según la cual ser maestro de oración pertenece a la misión del sacerdote, sin embargo ahora nos interesa más acercarnos a la misma naturaleza del ministerio presbiteral para ver si en ella está el ser maestro.

El Vaticano II, en PO, nos ofrece una buena fundamentación. Los textos son muy explícitos. En el n° 6, se ve a los presbíteros como rectores del pueblo de Dios, «ejerciendo según su parte de autoridad el oficio de Cristo Cabeza y Pastor»: y les corresponde ser «educadores en la fe». En el n° 9 se reconoce explícitamente que «los presbíteros por razón del sacramento ejercen el ministerio de padre y de maestro, importantísimo y necesario en el pueblo y para el pueblo de Dios», y también se reconoce que les corresponde el discernimiento. ¿Qué más se puede pedir? Pensamos que la fundamentación es clara. Si son rectores con autoridad, educadores de la fe, con función de discernir: todo esto es ministerio de maestro, como explícitamente afirma PO 9. Según esto, podemos afirmar que el ministerio presbiteral es ministerio de maestro. Pero, y ¿de oración?

- El ministerio de maestro deberá atender al cristiano en su identidad, en su ser de cristiano. Este planteamiento es de total obviedad. ¿Entra la oración?

Si la oración no es de la identidad del cristiano, sino un sobreañadido, el presbítero puede atender al cristiano sin entrar en la oración. Pero si la oración es de la identidad del cristiano, como lo hemos visto en la primera parte, el presbítero no puede atender al cristiano sin atender a la oración. La conclusión es fuerte: el presbítero debe atender a la oración del cristiano con quien trabaja y a quien acompaña; si no atiende a la oración, no atiende adecuadamente a la persona cristiana en cuestión.

Fijémonos en este segundo dato: el lugar que Juan Pablo II da a la santidad y a la oración en la programación pastoral al comienzo del nuevo milenio. Todavía me resulta impactante esta referencia de Juan Pablo II. Hace falta estar convencido y ser valiente para incluir la santidad y la oración como primeros puntos de dicho programa pastoral. Recurrimos a su texto:

«En primer lugar, no dudo en decir que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la santidad... En realidad, poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias... Para esta pedagogía de la santidad es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración... Aprender esta lógica trinitaria de la oración cristiana, viviéndola plenamente ante todo en la liturgia, cumbre y fuente de la vida eclesial, pero también de la experiencia personal, es el secreto de un cristianismo realmente vital, que no tiene motivos para temer el futuro, porque vuelve continuamente a las fuentes y se regenera en ellas... Sí, queridos hermanos y hermanas, nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser *auténticas «escuelas de oración»*... Hace falta, pues, que la *educación en la oración se convierta de alguna manera en un punto determinante de toda programación pastoral*» (NMI 30-34). (El subrayado último es nuestro.)

No cabe la menor duda de que el ministerio de maestro debe atender la oración del cristiano.

3. El ministerio presbiteral es ministerio de oración

En lo que acabamos de decir sobre el ministerio presbiteral y la oración nos hemos referido preferentemente al ministerio que tiene como objeto la oración de los fieles, que debe ser atendida. Pero, ¿se puede decir más? Creemos que sí; y pensamos que se abre un filón en esta dirección. Voy a limitarme a hacer dos observaciones:

- Valoración progresiva del ministerio presbiteral. Es muy común que, cuando recurrimos a la enumeración de la triple función para identificar el ministerio del presbítero, lo hagamos de forma reduccionista refiriéndonos a la materialidad del ejercicio. Si esto se repite mucho, hay peligro de deformar la visión del ministerio, y es el momento de ver la necesidad de un correctivo para llegar a la comprensión verdadera del mismo. La contemplación del ministerio en lo mucho que es, hecha de la mano de PO 4-6, de PDV 26 y del documento «El presbítero, maestro de la Palabra, ministro de los sacramentos y guía de la comunidad, ante el tercer milenio», nos lleva a descubrir la relación tan especial que hay con la Trinidad y con el pueblo. Y sabemos muy bien que para que la relación sea relación es obligado morar en ella; lo cual nos indica que a los sacerdotes nos corresponde morar en la relación propia del ministerio, orar en el ministerio. El ministerio presbiteral es ministerio real con oración.

- El ministerio es oración. Si profundizamos la relación interna del ministerio, nos daremos cuenta de que el ministerio cada vez más es relación; y si al mismo tiempo vivenciamos dicha relación morando en ella, viviremos el ministerio como relación encuentro. El ministerio será y se vivirá como encuentro.

Ponemos punto final a este capítulo central de nuestro trabajo, titulado «El sacerdote y la oración». Hemos querido observar cuál es el calado de la oración del sacerdote, observándola en la identidad de la persona y del ministerio, para ver si el presbítero está capacitado y si tiene misión para ser maestro de oración.

III. MAESTRO DE ORACION EN EJERCICIO

Somos conscientes de que esta parte dedicada al ejercicio de maestro de oración es fundamental en nuestra ponencia, aunque estemos al final de la misma. Nos interesa el tema, y mucho, porque se es maestro cuando se ejerce de maestro. Si se puede decir en general que los títulos pierden valor cuando ya no se ejerce, es mayor verdad en el maestro, cuya identidad está en la misma transmisión de conocimientos y de valores. Se es maestro, en ejercicio. El presbítero es maestro de oración ejerciendo.

No es fácil acertar en el tratamiento y dar con el punto exacto de esta parte. Me decido por esta línea: no voy a tratar lo que suele incluirse bajo el epígrafe «Formas de oración» (contenidos, caminos), que es más propio de un manual; y me limitaré a ofrecer un apunte sobre la pedagogía de la oración a seguir²².

1. Presupuestos pedagógicos

Intentaremos explicitar una serie de puntos básicos, y de alguna manera irrenunciables, que debemos tener en cuenta para educar en la oración. A estos puntos les llamamos presupuestos pedagógicos.

a. Un conocimiento de la oración, que siempre debe ir a más. El primer presupuesto para el que acompaña es conocer las líneas fundamentales de la oración, porque no es posible garantizar una actuación sobre algo que se desconoce o se conoce defectuosamente. Pero, además, como no cabe el conocimiento acabado ni definitivo de la oración, porque la relación con Dios va a más y se manifiesta y se vive siempre nueva, se imponen una desinstalación en el propio conocimiento de la oración y una apertura nueva a la experiencia de Dios. No hay acompañamiento de oración sin conocimiento-experiencia de Dios nuevos. La frescura del conocimiento es clave para enseñar.

b. La conciencia de discípulo-maestro en el acompañamiento de la oración. No olvidemos que somos maestros sin escuela propia, no tenemos escuela seguimos, o debemos seguir, en la Escuela de Jesús. Recordamos las palabras de Juan Pablo II: «El sacerdote solamente podrá formar a los demás en la escuela de Jesús orante, si él mismo se ha formado y continúa formándose en la misma escuela» (PDV 47). Debemos recordar permanentemente que somos maestros desde el discipulado. El sacerdote que vive el discipulado en la oración, estará muy atento a lo que pueda recibir de los demás, de Cualquiera; y no se caracterizará por la imposición.

c. La relación triangular propia del acompañamiento. La relación de todo acompañamiento espiritual, y más, si cabe, en el acompañamiento de la oración, no es bipolar, es decir: yo-tú: yo(maestro)-tú (persona/comunidad); sino triangular: yo-tú-El: yo(maestro)-tú(persona/comunidad)-El(el Espíritu). La presencia permanente de esta relación es clave para el acompañamiento. Basta este dato: la referencia principal en este acompañamiento es El (el Espíritu); y esta referencia del yo y del tú a El, que es la principal, informa y regula la referencia entre el yo(maestro)-tú(persona/comunidad). Nuestra referencia yo-tú es secundaria y esta subordinada a El, y debe ser así.

d. La adaptabilidad de la oración. Si la persona es la que ora, y ora como es, la adaptación de la oración es del todo necesaria, pero evitando los planteamientos parciales o reduccionistas de la misma. Conviene ser muy sensibles y estar muy atentos a la integralidad de la oración, que es irrenunciable.

La adaptación de la oración exige al que acompaña un buen conocimiento de la persona, el conocimiento básico de la oración, evitar la proyección personal sobre el acompañado, y la atención especial al Espíritu. Es una buena norma del acompañamiento: no forzar los pasos en la oración, pero tampoco retardarlos.

e. La diversidad de los orantes. Resulta impensable plantear la oración sin ver a cada uno de los orantes en el contexto real de sus vidas. La diversidad nos viene dada por la edad, por el contexto sociocultural en el que se mueven, por los compromisos cristianos que tienen y por la experiencia religiosa cristiana que viven.

f. El sujeto de oración. Para presentar la oración y acompañar en ella, es imprescindible contar con el sujeto que ora recordemos este principio: «Si hay orante, tendremos oraciones buenas, sea cual fuere su hechura psicológica. Por el contrario, con oraciones bien compuestas, jamás llegaremos a fabricar un orante»²³. Pero, ¿cuándo hay sujeto orante?

- Hay sujeto de oración en la medida en que dé cabida al Espíritu. No podemos olvidar que la oración cristiana es la oración del hijo en el Hijo al Padre en el Espíritu. La docilidad al Espíritu nos da la capacidad el sujeto de oración.

- La capacidad de descentralización superando el narcisismo. El narcisismo, que en nuestro caso consistiría en instrumentalizar la oración en función de uno mismo, es lo más contrario a la oración que es relación de amor.

- La capacidad de conversión. Cuando se vive la conversión, que comporta apertura, cambio, disponibilidad, hay sujeto de oración. Es un hecho que las personas duras a la conversión son difíciles a la oración.

- La capacidad de trascendencia. Aunque es muy frecuente tender a una oración que «se entienda», sin embargo, la realidad de la oración es entrar en el mundo de Dios que nos trasciende: «Llámame y te responderé, y mostraré cosas grandes, inaccesibles que desconocías» (Jr 33,3). La gran dificultad que muchos tienen en la oración es querer dominarla desde el poder que cada uno tiene.

- La afectividad es la pieza clave de la oración. Si el componente radical de la oración es el amor, el amor nos dará el sujeto de oración. La interrelación entre el amor y la oración es un hecho claro. Se puede decir desde la experiencia que a un amor egoísta corresponde una oración egocéntrica, que a un amor dominante corresponde una oración de dominio, que a un amor narcisista corresponde una oración vanidosa, y que a un amor oblativo corresponde una oración generosa; pero, a su vez, la oración enriquece y madura la afectividad: una oración generosa sana la afectividad defectuosa.

g. La dimensión comunitaria-ecclesial de la oración. Es un presupuesto a tener muy en cuenta, porque lo marginamos con harta frecuencia. No debe olvidarse que quien ora, quien entra en comunión y en diálogo con Dios, es la persona viva del orante. Pero el

sujeto orante es más que su persona, goza de una intensa representatividad porque actúa como hijo en el Hijo, miembro de la Iglesia, hermano de los hombres. Cristo, el Espíritu, La Iglesia y los hermanos convergen en el sujeto que ora. Ante esta maravilla de orante que tenemos, se cumplirá la afirmación: «Se escucha al orante, no sus peticiones».

2. *Puntos a subrayar*

Ante la diversidad de situaciones que se dan, indicaremos los puntos de ayuda que puedan ser más comunes.

a. La oración del sacerdote-maestro es imprescindible. Lo sabemos ya, pero vamos a darle un subrayado más. Cuando la relación-experiencia-oración va configurando al sacerdote, se hará presente en las celebraciones que presida, en los grupos, que lleve, en los cursos que imparta, en las relaciones que tenga. Será maestro de oración en lo que haga y trate porque la oración es su vida. Será maestro con su vida y desde su vida. Hay que asegurar la oración del sacerdote.

b. El sacerdote tiene que orar por los demás y con otros. Es un punto delicado el saber orar con otros. ¿Cómo se ora en grupo?. Tenemos la oración litúrgica y las celebraciones, que son oración con otros; pero ¿soy consciente de que oro con otros? y ¿doy cabida en mi oración a la oración de los otros? Es la experiencia de oración comunitaria más hermosa; hay que llegar a vivirla y gustarla.

Tenemos también la oración de grupo: ¿Cuál es nuestra experiencia de oración en grupo?. Veo, en primer lugar, que para la oración en grupo hace falta que se dé la oración, es decir: que no predomine la reflexión, que no haya lugar a la afirmación y al protagonismo, que no polarice la ambientación, que se prime la relación con Dios en profundidad. Y, en segundo lugar, veo que para que un sacerdote ore en grupo necesita sentir la oración como algo vital e ir de discípulo al grupo.

c. Cuando entramos en lo concreto de la oración y empezamos su acompañamiento, se palpa que existe una necesidad previa y radical, que es la de atender a la relación-experiencia de Dios. La experiencia nos dice que no se da un paso en la oración si no se progresa en la relación-experiencia de Dios, y que para acompañar en la oración hay, que acompañar a la persona en la relación de Dios.

Ante esta necesidad de atender a la relación-experiencia de Dios, es urgente la oferta de medios apropiados. ¿Será cuestión de crear medios nuevos? ¿Bastará con saber poner la finalidad apropiada a lo que está a nuestro alcance? Se impone la creatividad.

d. La salida de sí mismo es un punto especial a tener en cuenta cuando se atiende a la relación-experiencia de Dios y a la oración. Morar en la relación de Dios y vivir el encuentro con El supone salir de uno mismo. La experiencia nos dice que el auténtico salir de uno mismo se da cuando uno es sacado; que se trata de algo más radial que el desprendimiento; y que sólo es posible desde la fuerza del amor. Este campo es muy propio del maestro de oración.

e. La Palabra de Dios y la oración. Es una gran suerte poder contar con la valoración que actualmente hay de la Palabra de Dios. La oración cristiana se da en relación con la Palabra de Dios. Por eso mismo, es muy propio del maestro de oración acercar al cristiano a la Palabra de Dios, en las distintas formas que actualmente se utilizan, y

ayudar a vivir la relación con Dios en ella. Recordamos al maestro de oración:

- La actividad en la oración. La oración como relación interpersonal exige actividad. Tengamos presente que hay actividad en la acogida, porque ésta se da cuando toda la persona se pone en juego para acoger. En comodidad. no hay nada.

- La necesidad del tiempo para la oración. Es verdad que la oración no se reduce a tiempo, pero sin tiempo no hay encuentro.

Es hora de terminar. Al presentar como el presbítero es maestro de oración, no hemos añadido nada nuevo al ministerio presbiteral, sino que hemos explicitado y actualizado su identidad señalando con fuerte subrayado algo que nos corresponde, que es necesario potenciar y que nos viene demandado por la nueva Evangelización.

NOTA

- 1.- Carta pastoral de los Obispos de Pamplona, Bilbao, San Sebastián y Vitoria: la oración cristiana hoy, Cuaresma-Pascua 1999, 6.
- 2.- Cf. BUBER, VL. Yo y tu, Madrid 1995; FRANKL, V.E.. Ante el vacío existencial. Hacia una humanización de la psicoterapia. Barcelona 1980; Id.. La presencia ignorada de Dios. Psicoterapia y religión. Barcelona 1995; MARTÍN VELASCO, J. «La religión en el hombre», en *Communio* 2 (1980) 323-336; PANNENBERG, W., Teología sistemática I. Madrid 1992; RUIZ DE LA PEÑA, J.I.: Crisis y apología de la Fe, Santander 1995; ZUBIRI, X.. El hombre y Dios. Madrid 1984.
- 3.- LXX ASAMBLEA PLENARIA DE LA CEE, Dios es amor. Madrid 1998. 18-25.
- 4.- Carta pastoral de los Obispos o.c. 18. Cf. HÅRING, B. «Oración» en NDE, 1016. quien afirma: «No nos es posible definir al hombre sin recurrir al entendimiento de la oración. Y. del mismo modo, no podemos comprender la verdadera naturaleza y la meta de la oración sin comprender la vocación total del hombre».
- 5.- Cf. GAMARRA, S.. Teología espiritual. Madrid 2000, 55-56.
- 6.- Cf. RAGUIN, Y.M, Orar la propia vida, Santander 1984, 7.
- 7.- Cf. GAMARRA, J. «Oración», en DTDC. 985: CEE. Dios es amor o.c. 46: Juan Pablo II, PDV 47.
- 8.- Entre una abundante literatura sobre la experiencia religiosa, señálmolos; AA.VV. Experiencia religiosa: actualidad, riesgos, posibilidades, Madrid 1977; AA.VV. Vita cristiana ed esperienza mistica. Roma 1982; BORRIELLO, L., «Esperienza mistica» en DDM (Dizionario di mistica): CASTIÑEIRA, A.: La experiencia de Dios en la posmodernidad. Madrid 1992; CATALÁ, T., «Oración y experiencia de Dios hoy», en *Sal Terrae* 86 (1998) 865-877; DUCH, L., La experiencia religiosa en el contexto de la cultura contemporánea, Madrid 1979; FRANKL, V.E., La presencia ignorada de Dios, Barcelona 1995.
- 9.- Cf. GAMARRA, S. «Fe y experiencia», en *SURGE* 60 (2002) 203-228.
- 10.- Cf. GAMARRA, S., a. c. , p. 218-222.
- 11.- OLIVERA, B., Sol en la noche, o.c., 115.
- 12.- GONZÁLEZ DE CARDENAL, O., «La formación intelectual para el ministerio apostólico», en CEC. La formación integral de los sacerdotes, según «Pastores dabo vobis», Madrid 1997, 44-48.
- 13.- RUYSBROECK, J., «Ornamento de las Bodas Espirituales» tomado de ARMINJON, B., La cantata de amor. Lectura continua del Cantar de los Cantares, Bilbao 1997, 7.
- 14.- ESQUERDA BIFET, J., *Juan de Ávila. Escritos sacerdotales*, Madrid 1969, 20.
- 15.- ESQUERDA BIFET, J., o.c., 202-203.
- 16.- ESQUERDA BIFET, J., o.c., 186.
- 17.- Cf. FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, D. «José Rivera Ramírez, un Sacerdote diocesano (Breve biografía del Siervo de Dios)». en *Surge* 59 (2001) 441-472.
- 18.- CÁRCEL ORTÍ, V. «Siete sacerdotes valencianos del siglo XX hacia los altares». en *Surge* 60 (2002) 133-106.
- 19.- VANHOYE, A., «Sacramentalidad del ministerio y su repercusión en la persona ordenada». en CEC. *Espiritualidad del presbítero diocesano secular. Simposio*. Madrid 1987, 71.
- 20.- Cf. GAMARRA, S. «El Ministerio Sacerdotal en el reciente Magisterio de la Iglesia». en AA.VV., *Ministerio Sacerdotal y Trinidad*. Salamanca 1998. 115-148; TRIACCA, A. «Reflexión Teológico-Trinitaria sobre el «Ministerio Sacerdotal» en AA:VV.. Salamanca 1998. 149-182
- 21.- Cf. IMÍCOZ, J.Mª, a.c.; ROYON, E., a.c.
- 22.- Cf. AA.VV., «Aprender a orar» en *Concilium* 179 (1982) 301-304 GARCÍA MONJE, J.A, «Pedagogía de la oración», en DTVC.'1242-1255; HERRANZ, M. «La oración pedagogía y proceso». Madrid 1986; PIKAZA, X. *Para vivir la oración cristiana*. Estella 1989.
- 23.- RUIZ SALVADOR, F. *Caminos del Espíritu. Compendio de Teología espiritual*. Madrid 1974, 305.